

## RECUERDOS DE AYER

¡Trajes olvidados,  
modas de otros tiempos,  
que yacéis en el polvo del olvido  
durmiendo vuestro sueño,  
en viejos arcones labrados  
guarnecidos de fuertes herrajes de hierro!

¡Qué emoción al recrearme siento,  
al contemplar en revuelto acervo,  
sutiles blondas de espumas,  
viejos encajes marfileños,  
vestidos desteñidos por el uso,  
marchitas sedas, muarés y terciopelos!

Arrumbadas cosas que pasaron  
al declinar del tiempo,  
que hicieron la delicia  
de lindas damiselas coquetas  
de talles de avispa y perfil de camafeo,  
luciendo estos anacrónicos atuendos

en los dorados salones de estilo Imperio.  
Viejos recuerdos de un ayer muerto,  
ilusiones juveniles de entonces,  
cosas, trajes y modas que fueron  
arrinconados con sutil polvillo de oro  
en los arcones de los desvanes polvorientos.

Románticas secas flores grises,  
puestas a modo de señal  
entre las marfileñas páginas  
de un viejo libro de la abuela.  
Albumes de retratos amarillentos  
con sentimentales y áureos sonetos.

¡Viejos trajes, románticos y muertos,  
que tenéis el dulce encanto  
de llenarme el alma  
de un doloroso ensueño!  
¡Reliquias de otras épocas  
con la pátina del tiempo!

CARMEN MARQUINA

## LA ESTATUA DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

EN LA PLAZA DE STA. MARIA DE CACERES (1)

(Obra de Enrique Pérez Comendador)



Los presentes comentarios pretenden recoger algunos de los aspectos que nos ofrece la estatua de San Pedro de Alcántara, que acaba de ser colocada en nuestra plaza de Santa María.

Esta obra, del maestro Pérez Comendador, es, por muchos conceptos, importante, no siendo los menos, el que venga a reafirmar una devoción religiosa, un poco, sin duda, adormecida, situando a nuestro Santo en condiciones de que pueda reanudarse la admiración afectiva a que es acreedor, y a enriquecer considerablemente un acervo artístico, asaz disminuido por el lento, pero efectivo e inexorable desgaste del tiempo, sin la contrapartida compensadora de la reposición al mismo ritmo.

La particularidad del lugar de su emplazamiento y la extraordinaria sencillez de conjunto de la obra, rehuyendo toda intención ornamental o monumental, dan lugar a que tengamos que considerarla como un ejemplar un poco aparte entre aquellos otros que pudieran clasificarse por la misma o análoga naturaleza. Tratamos de estos aspectos en la primera parte. Las dos restantes están dedicadas al Santo y al artista, los dos protagonistas, con la dorada plaza, de este hecho que más parece un último milagro del humilde alcantarino, por el que la santidad de Pedro hace resplandecer el arte de Comendador, habiéndose reunido estas dos fuerzas morales, cada una en su categoría, para actuar desde ahora de motrices que dan más claridad espiritual a aquella plaza cacereña.

No hemos pretendido, ni mucho menos, agotar el tema, dadas nuestras propias e irrebables limitaciones, que, paradójicamente, y, precisamente por ellas, han rebasado sus cercanas barreras para caer en una explicación de indiscretas medidas, para los alcances del autor.

(1) Capítulo I, del trabajo de igual título, de nuestro docto colaborador José de Hijos.

## I

## LA ESTATUA EN SU MEDIO

Para un gran artista de la gran responsabilidad de Enrique Pérez Comendador, el encargo recibido de la Comisión provincial pro estatua de San Pedro de Alcántara, tenía que ofrecer motivos de seria preocupación, al presentarse cuestiones de cierta complejidad, nunca ajenas, claro está, a la naturaleza del cometido profesional encomendado, pero que aún actuando en este caso indirectamente, habían de resultar trascendentales para la estimación de la obra, debido a la presencia de ciertas causas imponderables que afectarían considerablemente a su mismo valor intrínseco.

Para la insuperable maestría técnica de Comendador, siguiendo los dictados de su inspiración y sensibilidad, no menos insuperables, carecía de dificultades cualquier propósito de dar presencia plástica a un Santo franciscano, quemándose en la hoguera de su fuego místico, atizado continuamente por el soplo del amor divino; la interpretación por vía plástica del inmenso idealismo religioso del franciscanismo, tan rico en estética, era como estimular su propio idealismo, siempre pugnano por irrumpir y elevarse—sin perder la cara al mundo—que ha hecho de nuestro artista el más afortunado continuador de la grandiosa imaginería española.

Pero aquí, que, por un lado, no se trataba de forjar una imagen, en sentido estricto, de devoción, u ofrecer, con el pie forzado de una figuración personal, una visión abstracta de determinados valores místicos o ascéticos, por otro, había que rehuir cierta intencionalidad que hubiese supuesto toda máquina monumental coronada por nuestro Santo y en el preciso público lugar donde ha sido colocado. En un caso y en otro, Comendador hubiese quedado vencedor sin tener que luchar demasiado consigo mismo.

¿Qué cuestiones eran esas, capaces de influir decisivamente en la suerte de esta bella iniciativa, descontados, incluso, la pericia y el arte del escultor?.. En realidad, acaban de insinuarse, pero necesitan un desarrollo para que quede la debida constancia de su influencia en el artista que las intuyó y resolvió en beneficio de su obra. Una de ellas podemos referirla a la extraordinaria personalidad del Santo alcantarino; personalidad no excepcional para un escultor que con frecuencia ha de enfrentarse en sus encargos con categorías individuales análogas; pero la personalidad de San Pedro de Alcántara se refiere en nuestro caso a la todavía actuante en el fondo de nuestras conciencias, no por adormecidas menos existentes a todo lo largo y ancho de la geografía alcantarina y seguramente pronta a levantarse ante el impacto a boca de jarro de su estatua. Al lado de esta cuestión, que dejamos ahora por tratarla en otro lugar de estas consideraciones, existen otras que tienen relación con ella y nacidas de peculiaridades exigidas por la concepción y el emplazamiento del proyecto que tan hermosa realidad constituye hoy. Ambos, concepción y emplazamiento, venían a imponerse mutuamente un

cierto matiz original, incorriente, un tanto inusitado, en el que la figura del Santo viniese a presidir la dulce armonía del conjunto. Y vamos a ver cómo Comendador imprimió a su obra ese sentido, sin que perdiese la imagen, con su fuerza realística, su genuino valor representativo, sin romper la armonía del ambiente, sin apelar a más concesiones de orden placentero que el del más sencillo—y preciso—elemento de sustentación.

Este es el triunfo del artista; mayor, quizá, que el de la estatua en sí. Consciente de la importancia de esos aspectos, lo acometió, seguro de que, de su resolución, a primera vista no se deduciría un mayor triunfo artístico, pero, en definitiva, concluiría valorizando su obra hasta alcanzar el más preciado premio a que puede aspirar un artista: activar nuestras reservas morales; y, en este caso particular, además, mover sentimientos religiosos y hasta exaltar sentimientos localistas, que también cuentan y pesan.

Elegida la plaza de Santa María para la colocación de la estatua, Comendador, que tanto la conocía, pudo empezar a pensar imagen de San Pedro de Alcántara, con esta preocupación, decidiéndose a trabajar su obra sin perderla de vista en su memoria sensitiva, lo que le permitió gestarla bajo el suave acicate de un ánimo predisposto y sensibilizado, que, continuamente renovándose durante su laboriosa etapa de ejecución, mantuvo su imaginación ante la presencia de nuestra bella, noble y evocadora plaza en la que sus viejas piedras siempre están rezumando poesía y tradición, destilando historia y religión y devanando días, años y siglos.

¿Qué novedad hubiera podido soportar una plaza así...? El proyecto resultaba atrevido en principio y era indudable que allí—y precisamente bajo la dorada torre de la Iglesia—no hubiera podido asentarse otra figura humana que la de un Santo. Ningún otro personaje histórico hubiese podido evitar el rompimiento de su armonía y dejar inalterable su clima secular. Del mismo modo, el propio lugar hubiese vetado a cualquier Santo que allí se llevase, siempre que la causa se debiese a motivos de algún orden circunstancial, a fines artísticos, y, que, además, hubiese sido concebido con alguna obsesión o prejuicio de hermoeamiento urbano y municipal o algún cálculo turístico-comercial.

Y concretando aún más, a la vista de la obra de Comendador: Las discretas, pero enormemente atractivas, características de plaza tan singular en su conjunto, hubieran rechazado aditamentos representativos de un idealismo excesivamente dominante, de fastuosa perspectiva, de proporciones excesivas, entre otras razones, por la que más importa a nuestro caso y que más adelante veremos, pero que ya se comprenderá que está íntimamente relacionada con la austeridad de la plaza y la serena gravedad de nuestro Santo; elementos que no pueden por menos que pesar realísticamente en un caso como el presente, hasta por el mismo abrumamiento que un lugar y

una personalidad así nos tienen que imponer con su forzosa certanía.

La plaza de Santa María se nos ofrece, pues, muy restringida en su capacidad de alojamiento a estos efectos. Mas aún diríamos: es posible que allí sólo tenga cabida el Santo que ahora hemos colocado; y, también, de la forma en que lo hemos colocado.

Porque... jesto es otra cosa! y esto es otra cosa si se tiene en cuenta que, aún en el caso de que Comendador se hubiese circunscrito, sin salir de su estudio, a crear una entidad artística insuperable, pero de autonomía propia, como pensada exclusivamente en función de retrato escultórico, su obra, sin perder su gran valor artístico, quizá ganándolo, no traspondría las limitaciones de su consideración en sí misma, con un valor puramente exhibitorio y con carencia de una finalidad rebasatoria de la emoción estética. Es de creer, por eso, que concebida así, su instalación en la plaza de Santa María se hubiese tomado como una intromisión inaceptable en un campo ya acotado por bien determinadas características morales, históricas y locales e inserto en la rígida estructura urbana que los siglos van modelando a un ritmo desconocido hoy, aunque la rigidez sólo lo sea aparente y como consecuencia del solemne y pausado paso del tiempo; en un proceso evolutivo natural, es decir, sin artificio ni urgencia; interrumpiría violentamente una perspectiva urbana no susceptible de alterar sin destrozar sus valores más inalienables: el espacio y el tiempo. No; esa obra, no hubiera podido quedar, como la estatua de San Pedro de Alcántara, en Santa María, como una pieza clave más en la arquitectura ideal de aquel venerable recinto.

Esa obra, incluso colocada allí, podría haberse salvado desde el punto de vista del arte, por su propia categoría estética, por sus específicas cualidades, pero... la plaza, no.

\* \*

La estatua requería, pues, una concepción para la que había de tener en cuenta el artista, no sólo la elemental consideración de que se trataba de reflejar plásticamente una versión ajustada del Santo, tanto física, como moral, sino otros imponderables aspectos, que, aunque ajenos, aparentemente a su misión ejecutiva, eran de todo punto necesarios para triunfar íntegramente en su cometido. Aspectos imponderables decimos porque desde luego no afectan a la obra como entidad material, pero que no advertidos podrían llevar hasta la más equivocada interpretación del Santo alcantarino sin mengua de su valor artístico. Y por eso llaman, más que al arte, a la conciencia del artista y hasta a su subconsciencia en operaciones de alternativa actividad.

Comprendemos que esto no está muy claro, no ya porque el autor de este modesto ensayo no sea capaz de desarrollarlo con lucidez, pero también porque el tema—hay que reconocerlo—es de gran complejidad, como todos los de su naturaleza, que, si ofrecen siempre amplio margen al comentario, su exposición, en el mejor



Estatua de San Pedro de Alcántara, por Pérez Comendador

de los casos, sólo adquiere un valor relativo, como surgido a título personal, provisional, condicional y divagatorio. Porque, ¿qué pensaron en principio, los iniciadores de esta realidad de hoy? ¿Cómo reaccionó el artista ante este encargo y qué sería de rectificaciones o procesos sufrió la obra hasta su terminación? ¿Hasta dónde puede estimarse la relación entre lo proyectado y lo ejecutado?... Podríamos seguir preguntándonos indefinidamente, sin conseguir el hallazgo de una posición definitiva y de valor objetivo y obligados, por lo tanto, a mantenernos en otra subjetiva, que sólo resuelve o puede resolver estos problemas de concepción y sentido de la obra de Comendador dentro de nosotros mismos. Ni aún simplificándolos hasta términos de reducción a simples acepciones, puede garantizarse verdaderas resoluciones, si bien tengamos que inclinarnos con frecuencia hacia algún lado.

Nosotros, contemplando la obra de Pérez Comendador, empezamos por preguntarnos: ¿Estatua?, ¿imagen?.. Parece que aquí no debe de haber problema o este es de solución sencilla e inmediata. Sin embargo, aunque ambos significados se impliquen mutuamente, a poco que los consideremos, nos encontramos con capas de diferenciación que, tan pronto como queremos armonizar o consolidar bajo alguna afirmación excluyente, peligra el concepto que ante la estatua o la imagen, o ante la estatua-imagen, nos hallamos forjado, minando la base de nuestro propio juicio, desde el mismo embrión de la obra hasta su realidad definitiva.

Ese estado dubitativo en que generalmente caemos ante una concreta expresión artística y sus *circunstancias*, pugna por resolverse de algún modo, pero... ¡mientras tanto!, mientras tanto buscamos de aquí para allá hasta que nos encontramos con que la salida está en nosotros mismos. Hacia ella intentamos ir sorteando obstáculos, oscilando entre el arte de Comendador y la verdad histórica del Santo, entre la emoción puramente estética y el amor estimulante del sentimiento religioso, entre la estatua y la imagen: términos nunca contrapuestos, pese a sus distintos orígenes y naturalezas; como que determinan agudos estados de ánimo, siempre propicios a fundirse.

\* \* \*

Este modo de pensar es el que nos lleva a sostener que el hecho que examinamos tiene ciertos aspectos y ofrece sentidos que le son particularmente afectos. Y uno de ellos,—puede decirse que decisivo para nuestra objeto—, es el de negar la consideración de monumento a la estatua que acabamos de montar en Santa María.

No; no hay tal monumento, aunque haya estatua, aunque hayamos colocado un bulto humano, dignísimo de conmemorar y honrar, sobre un pedestal, llevándolo a una plaza pública de la ciudad. A la inteligentísima comprensión de Pérez Comendador no se le podía pasar este detalle de previsión del destino de su obra en su parte ambiental, topográfica y localista, pese a la aparente sutilidad de los caracteres diferenciativos.

¿Cómo lo consiguió?... Creemos que sin grandes elucubraciones previas, sin complicaciones mentales, pero también con no leves sacrificios de orden temperamental y profesional ante la disyuntiva contenida, desde el primer momento, en el sentido a imprimir en su obra, en lucha con la propia inercia pesante en su ejecución material. Lo consiguió conjugando la específica humanidad del efigiado, que hace tan relevante su personalidad racial con los destellos emocionantes de su santidad y con la singularidad de su emplazamiento. De este modo logró darnos una medida de la santidad del hombre y de la humanidad del santo en su mismo medio ambiente. Y estos dos conceptos, plasmados en uno, en unión indivisible e invisible, no necesitan vigorizar más bien, se desvalorizarían, sellándolos con improntas mundanas, con aditamentos psicológicos discriminatorios, con alusiones encaminadas al engrandecimiento de la figura, con rasgos y detalles envolventes de intenciones adulatorias... Sólo así, suprimiendo el poco consistente contenido que todo sentido monumental lleva consigo, se ha hecho posible que Comendador no haya dado una versión de San Pedro de Alcántara tremendamente real, con sangre todavía en las venas y un momento auténtico del grandioso patetismo de su vida.

Para ello fué necesario tener presente, tanto al Santo como al hombre, con las elusiones posibles, menos la del escenario para el incremento drama de su santidad; drama que ya desde ahora se desarrolla todos los días en aquella esquina de Santa María ante los ojos asombrados y conmovidos de los que tengan voluntad y sensibilidad para ello, y, sobre todo, para los que afortunadamente cuentan más: las almas piadosas, dotadas de una fe sencilla, ajenas a las complicaciones y preocupaciones, tantas veces oscuras e infructuosas del discernimiento.

Las consideraciones precedentes nos llevan a una conclusión: San Pedro de Alcántara no es sujeto de monumento. ¿Ningún Santo, quizá?... No nos atrevemos a hacer igual afirmación como no sea con reservas. Porque el Santo es un ser humano; su envoltura física viene a ser, poco más o menos, como la tuya o la mía, lector. Pero la compleción y el dinamismo moral de que se haya dotado imprimen una dirección en sus vidas en las que ya las acciones o ya las omisiones adquieren tan gigantescas elevaciones y proporciones en el terreno de las posibilidades humanas, que agotan nuestros cálculos de concepción imaginativa, haciendo que todo intento de reflejo plástico de su deslumbrante luz se quede en una mortecina penumbra.

Estas dificultades que ofrece el Santo para ser representado por vía escultórica, quedan salvadas, claro es, cuando sus imágenes son destinadas al culto en los sagrados lugares a éste destinados. Allí mueven el ánimo de las conciencias devotas, ya predispuesto por los impulsos de la fe, hacia el reconocimiento de su valor divino, prescindiendo de su factura material. Pero, fuera del templo—y si

no procede del santuario, claro es—surge ese espíritu crítico y analítico, que, anulando o prescindiendo de los valores inmanentes que le sean propios de su calidad representativa, se fija en aquellos otros plásticos y aquellos otros espirituales que pudiera tener con independencia de aquella calidad, entre los cuales se establece un pugilato, de resultado variable e inseguro. Variable e inseguro por depender de influencias ajenas a la personalidad del Santo y a la misma inspiración del artista.

Por eso, un Santo, expuesto en la vía pública, como un monumento, es obra que de antemano ha de contar con resistencias y prejuicios que pueden llegar incluso hasta el fracaso del artista ejecutante. Es más: es fácil comprobar que la plaza pública actúa sobre muchas de estas obras como un diluyente corrosivo, desde el momento en que queden desapercibidas, a pesar de los extraordinarios méritos que tengan, al incorporarse al paisaje urbano.

Es por esto por lo que el artista, en estas circunstancias, tiene que emplearse en acentuar los rasgos externos del efigiado, insistir, en forma de multitud de apelaciones, en la magnificación de su figura histórica, ahondar en sus perfiles, más gratos o más efectistas, para atraer nuestra curiosidad y nuestra atención, y, si se nos permite el símil, recurrir a resortes que en cierto orden tienen un parentesco lejano con lo que emplea el saldistá callejero para reunir presuntos clientes. ¿Cómo, siendo así, imaginar a un Santo en plena vía pública, donde parece forzoso que su erección tiene que pensarse siempre en función de monumento?

No sabemos si entre los Santos cabe establecer categoría en cuanto a sus santidades respectivas. Imaginemos que la Santidad es una y que una escala jerárquica sólo podría establecerse en cuanto a la consideración de valores humanos no necesariamente específicos de la santidad. Quizá no fuera difícil graduarlos en lo que respecta a sus aptitudes para someterse a una monumentalización. Citemos, para ello, al referirnos a San Pedro de Alcántara, a sus dos egregios contemporáneos: la Santa Madre Teresa y San Juan de la Cruz.

Santa Teresa nos parece que se presta a una amplia síntesis de lucimiento espectacular para un artista. Una reproducción afortunada de un éxtasis, constituye, por sí sola, un valor patético de fácil transmisión. Unase a ello los complementos obligados de su santo doctorado y tendremos, quizá, una pieza de expresión monumental. ¿Y San Juan de la Cruz?... Es indudable que nos ofrece también aspectos representativos con sus arrobamientos, expresados con inspiración extrahumana, que, aunque trascendida, llega todavía a nosotros merced a que su mística divina nunca abandonó a la estética humana.

Las vidas reales de ambos Santos, aunque infinitamente más anecdóticas que la de San Pedro, sobre todo, la de Sta. Teresa constituyen un rosario interminable de momentos que se repitieron sin variaciones que alterasen su fuerza emotiva, esenciando la personalidad de cada uno, y nos encontramos con la confirmación de

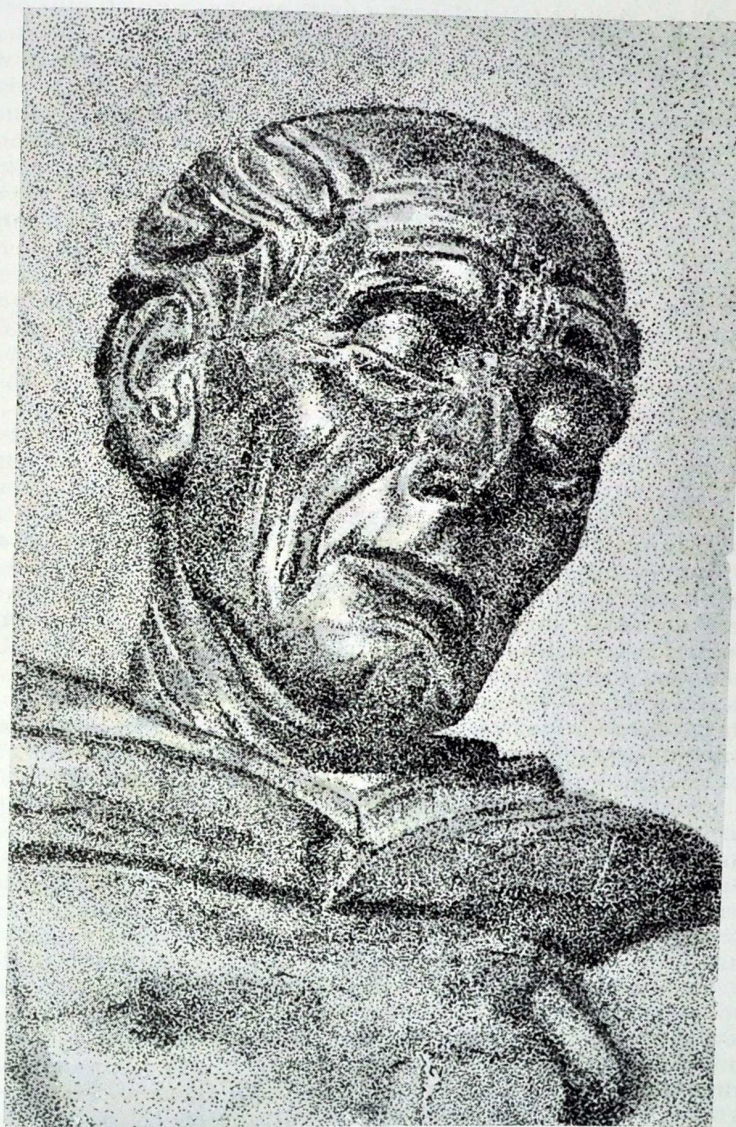
esto por la vía tan enormemente expresiva y asequible de sus obras literarias, al facilitarnos tan preciosos datos de sus medidas humanas y vehementes sospechas de las divinas.

Además, es de tener en cuenta, tanto la Santa Madre como el Doctor Extático, están provistos de valores individuales de cotización vigente—digámoslo así—que contribuyen a una apreciación desde nuestro tiempo, ciertamente cómoda, y que pueden resultar muy aprovechables para la orientación de un artista, para su comprensión y para hacernos *entrar* en su obra. La sociabilidad, el gracejo, el sentido político, el instinto literario de Santa Teresa, son cualidades altamente definidoras de su personalidad; los celestiales deliquios de San Juan de la Cruz, aunque suspendan nuestro ánimo y nuestro discurso, tienen un principio y un vehículo humano, humanísimo, en su sentido poético, lo que le perfila poderosamente como ejemplar individual.

Mal que bien, pues, estos dos Santos ofrecen al artista elementos y aspectos interpretativos al alcance de su técnica y de su sensibilidad, y sus espíritus resultan lo suficientemente elocuentes como para poder tomar de ellos, e incorporarlos a sus obras personales, rasgos de su existencia histórica.

Pero... ¿San Pedro de Alcántara?... Es probable que las virtudes personales del Santo alcantarino no fuesen rebasadas. Sus sacrificios, sus mortificaciones, sus penitencias, adquieren para nosotros proporciones incomprensibles, pero hemos de pensar que esas virtudes tienen la misma calidad que las de otros Santos que dirigieron su vida por el mismo glorioso camino hacia la bienaventuranza. Las diferencias sólo tienen carácter cuantitativo. ¿Y cómo basar la personalización del Santo por la cantidad de sus méritos?... Esta penuria de asideros para individualizar al Santo alcantarino no hubiese constituido un obstáculo si el encargo se hubiese concretado en una imagen de adoración o en una estatua con carácter de monumento. No fué así y Comendador se vió obligado a aguzar su visión y a profundizarla, hasta encontrar en el Santo inalienables aspectos que lo personificasen y lo hiciesen identificable y hasta lograr que se le representase en su propio espíritu, reflejado, con extraña fidelidad, un diseño, todavía alentando, de aquel prodigioso esforzado que venciendo al mundo ganó la gloria eterna.

Pudo, por esto, Comendador, mostrarnos al Santo alcantarino con esa presencia física que más nos abrumba y nos admira, y que sorprende, todavía más a los que conozcan bien la somática extrema; y esta impresionante personificación de San Pedro no podía deberse exclusivamente a la intervención a fondo de un excepcional dominio técnico, a una sabiduría de orden profesional, a habilidades translativas de la mente a la materia, porque estas cualidades—importantes y hasta decisivas muchas veces, desde luego—son insuficientes si se ejercen por sí solas, a no ser que aspiren a metas muy cercanas, como, por ejemplo, las de interpretación de realidades carentes en sí mismas de vida, espíritu, sugerencias morales. Entiéndase bien que no aludimos a lo que llamamos naturaleza muerta, por-



San Pedro de Alcántara, de Pérez Comendador.  
Dibujo de José de Hinojos

que lo muerto está en perpetua fase de revitalización, manifestándose sólo de un modo relativo y transitivo, o, lo que es lo mismo: en acto, que es una afirmación de vida y un momento en la sucesión infinita de momentos de que se compone todo proceso biológico.

Comendador tuvo, pues, que modelar su San Pedro coartado por la imposición de ciertas exigencias del modelo ideal, pero al propio tiempo dió rienda suelta a toda su capacidad de pensar y sentir, lo que le permitió, al mismo tiempo, producirse con verdadera libertad interpretativa; libertad que sólo podía nacer de un postulado previo e imperioso, como consecuencia de una lenta sedimentación interior, puesta a reacción, despertada de súbito, incontenible, atávica o casi instintiva, que, impulsada a una urgente actuación, se dirigió en flecha hacia la creación artística, como la más digna réplica, en lo humano, de la creación mística, a cuya secreta influencia le atrajo nuestro Santo al establecerse el ideal contacto. De este modo, puede decirse que captó la imagen del Santo, de un natural reflejado en el espejo de su propio espíritu, consiguiendo, por ello, transmitirle una naturaleza que pertenecía tanto al Santo como a él: una naturaleza que responde al hombre extremeño en su más justo arquetipo.

Sin embargo, no era bastante; porque, animada la estatua con palpitations cordiales, con características psicológicas, con concretas determinaciones raciales, quedaba nada menos que hacerla resplandecer con su categoría humana excepcional: la de su santidad. Construir al Santo no era tan fácil como construir al hombre, aunque a éste se le consiguiese, comunicar entre la forma, nobles valores morales. Aquí no valían anécdotas de identificación personal, multiplicación de elementos accesorios, alegóricos u ornamentales, resaltes o perfiles de sentido monumental, preocupaciones por sumar efectos estéticos, ni aportaciones de documentación plástica, para ayudarnos en un sentido biográfico a perfeccionar o completar un conocimiento iconográfico. Nada de esto nos dejaría entrever una santidad que apenas puede comprenderse por los sentidos, los que más bien actúan de un modo objetivo, suministrándonos, erudición o noticias, que más bien nos dejan indiferentes al no alcanzar a la entraña viva de nuestros más puros y recónditos sentimientos.

No hay que dudar que en este aspecto, Comendador libró y ganó una verdadera batalla consigo propio; batalla no interesante por la pugna, sino por las consecuencias del esfuerzo extraordinario que siempre hay que realizar para vencer la inercia hasta conseguir colocarse mental y sentimentalmente cerca de las regiones más inasequibles para los mortales, que tienen ya su roce, en algún modo, con la santidad. Al vencer esta enorme dificultad, nos ha hecho lo suficientemente ostensible la de Pedro de Alcántara.

¿Cómo lo consiguió?... En otro lugar nos referimos a ello, por lo que nos limitamos ahora a dejar aquí constancia de que su genio de artista, su sensibilidad, su intuición y sus más íntimos y elevados sentimientos, ha logrado vaciar en el bronce, algo más, infinitamen-

te más que un hombre extremeño en su más genuina representación de la raza: un Santo extremeño.

Demasiado extensas estas consideraciones, pero las juzgábamos necesarias, por creerlas fundamentales para más justamente apreciar la importancia de la iniciativa y el acierto soberano del artista, en relación con la concepción de conjunto y las circunstancias externas que en esta obra concurren, conspirando todo en sus supremas sencillez y armonía a hacernos más entrañable nuestro Santo.

La extraordinaria, por todos conceptos, creación alcantarina de Comendador, ha tenido la virtud de reunir en esta imagen todos los motivos de amor y gratitud que como Santo nos merece San Pedro, a esos otros motivos de la misma naturaleza a que, como coterráneo es acreedor y no podían pasarse por alto los graves problemas aludidos al principio y sus resoluciones, en formas ciertamente originales, que en realidad, lo son de distinción entre conceptos correlativos de variables virtualidades y aún opuestas.

He aquí por qué, desde el origen del encargo, fué necesaria la definición de la obra, entre sutiles, pero no livianos distingos. Son aquellos oscilantes, con frecuencia confundibles o contenidos sus conceptos en el mismo todo, pero que exigiendo en algún aspecto autonomía propia, se hacía necesario aclarar sus consecuencias en la obra.

Es así que en nuestro caso — una imagen, — entre nosotros representación personal de carácter religioso —, era la de San Pedro de Alcántara. Pero había que eludir a la imagen de devoción, por no ser propia, en sentido estricto, de una plaza pública, esquivando, de este modo, el equívoco, hasta por razones canónicas, si no hubiese otras fáciles de comprender. Sin embargo, era absolutamente preciso imprimir a la obra un sentido religioso propio al que había que incorporar en lo posible la riqueza emocional del Santo representado, lo que, no diremos que entorpeciese, pero sí que debilitase su carácter de exhibición pública permanente.

Un poco sutil todo esto; como que un error conceptual del artista hubiese hecho ceder la balanza, sin apreciación visible, y sin embargo hubiese cambiado el destino de su obra, cogiéndola hasta la simple acepción de estatua, en un sentido casi exclusivo de su calificación formal, o, todo lo más, de intención monumental, que tiene que ser siempre distinto y hasta inferior a la concepción aquí significada.

Porque también en este aspecto del sentido monumental de la obra, Comendador ha decidido la cuestión rehuyéndola, que es, al mismo tiempo, un modo de imponer su criterio. Y, como en todo, ahora vemos bien que ha triunfado.

En efecto. Pesaron en el artista, no ya la nobilísima individualidad del efigiado, que le impelía a una visión de conjunto con particularidades un tanto distantes de los sistemas característicos en

estos casos, pero también las circunstancias concurrentes que habrían de rodear a la obra misma. Y estas consideraciones dieron por consecuencia, a pesar de las proporciones de la figura una obra *desmonumentalizada*, en lucha, incluso, con ciertos designios innegables, pero que, al ser forzoso, por insorteables, no influyen en su pristina concepción.

Tal es, uno de ellos, el que no nos quepa dudar de que con esta estatua se ha tratado de renovar una memoria ilustre, pero podríamos decir a esto que en todo monumento es esa la única finalidad y en el nuestro sólo es una entre otras no menos definitorias.

No; no puede hablarse en nuestro caso de monumento, aunque honremos las glorias del Santo. Esta estatua de San Pedro ha podido, por eso, nacer bajo características que más vienen a diferenciarle de aquella clase de obras, como lo proclama la extrema desnudez de su construcción, en la que se hallan ausentes los elementos y recursos clásicos de la monumentalidad, sin que pueda atribuirse este hecho a razones económicas ni a influencias psicológicas trascendidas de la pobreza y humildad que fueron hermanas inseparables del Santo alcantarino.

Cabe dudar de que acertemos a identificar algunos aspectos del proceso mental de Comendador durante la génesis de la obra, pero sus consecuencias y resultados están bien presentes. Por eso, al preguntarnos: ¿intuición? ¿plena consciencia?... nos respondemos: genio; genio, porque éste acoge a ambas en sus operaciones mentales y cordiales.

Aparentemente podría tomarse por un monumento sencillo: pedestal y estatua, pero, pese a ello, sólo cabe admitir la monumentalidad como una añadidura surgida después de una originaria concepción, extra o anti-monumental, de orden tan secundario como impuesto por necesidades materiales. Investíguese en esta obra hasta su misma proyección arquitectónica y se llegará a la conclusión de que ésta no interviene como no sea para las observaciones de las leyes de la gravedad y de la estática; el breve sillar granítico que sirve de base al Santo (roca que tanto hirió su descalcez), si bien nos fijamos, contribuye a dar visibilidad y elevación a la imagen, pero carece de finalidad encumbradora de sus méritos y virtudes; la solemnidad del broce, augusto metal sonoro y grave, tan familiarizado con exaltaciones, con su tradicional llamada a la inmortalidad, pierde en nuestro santo todo su valor retórico sonoro e hiperbolizante para encubrir, bajo su dureza y eternidad, el más silencioso y recatado ascetismo. Los mismos sillares de la torre de Santa María que le sirven de fondo, intervienen, en cierto modo, como parte viva y estructural, pero su actuación no sublima al Santo; el mismo ambiente tan conatural a San Pedro de aquella plaza aduce cierta espectacularidad o efectismo de rango meramente urbanístico, pero este no ha sido buscado y quedó supeditado a otros más nobles.

Hemos de resistirnos, por esto, a considerar esta obra como un verdadero monumento. Bien es verdad que hemos empezado a dudar de algo más elemental como es la de no precisar los términos



de estatua e imagen. Un concepto más complejo, derivado de éstos, tendría lógicamente que sembrar en nosotros una mayor imprecisión. Por ello, si le negamos a la obra de Comendador la calidad de monumento, nos encontraremos con un problema de adscripción. Contentémonos con adjudicarle la calificación de *sui géneris*.

Perdónesenos que hayamos insistido tanto en aspectos de la obra de Comendador que, pareciendo secundarios, no lo resultan tanto si tenemos en cuenta que se trata de una obra artística de enorme categoría y que acaba de incorporarse, con precisión histórica, no tan sólo al tesoro del maravilloso recinto antiguo cacereño, pero también a la entraña del sentimiento religioso del vecindario, apareciendo de pronto, como de súbito, como la sorpresa de un impacto de idealismo altísimo y la impresión de un realismo que nos hace sobrecogernos.

Existen motivos en este mismo hecho que colman, con su llamada a nuestra sensibilidad, su valor afectivo. El ámbito de las actividades vitales de San Pedro de Alcántara fué más bien modesto, pero esto mismo lo ha acercado a nosotros mucho más y si floreció en virtudes que le dan rango universal para que por sensibilidad religiosa se le adore, las coonestó con valores vernáculos que le dan méritos sobrados para mostrarle amor y gratitud por una regional sensibilidad patriótica.

Ninguno de los aspectos que hemos intentado considerar puede decirse que vengan a ejercer una influencia decisiva en el hombre y en el Santo, pues ambas personalidades permanecerían intactas en todo caso, pero aparte de integrales incomprensiones, nos parece que hay que tenerlos por importantísimos en el punto concreto de una ulterior estimación de la obra de Pérez Comendador, en la que va implícita la repercusión en las almas, pues para ellas y para que entre por los ojos de ella, ha sido hecha.

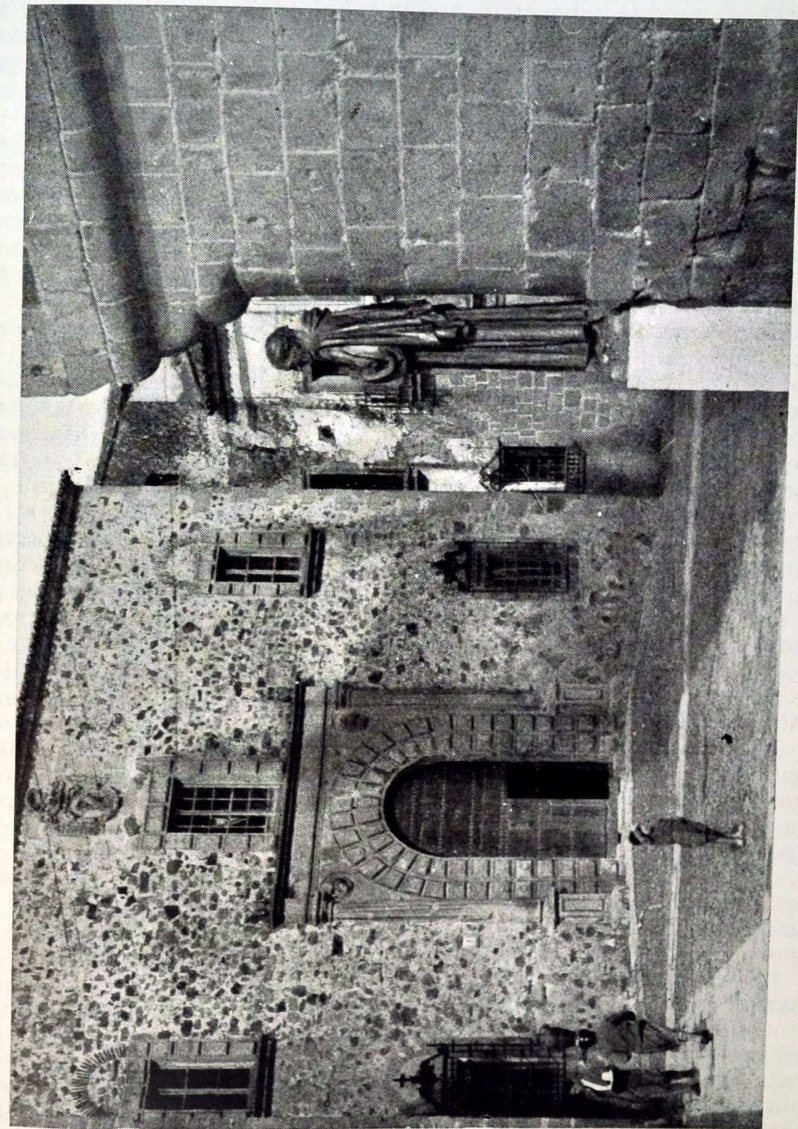
Estamos seguros, sin embargo, que frente o al margen de todas las incomprensiones estarán siempre esas almas blancas y piadosas, cuya simplicidad, reflejo de la bondad divina, las impulsará a besar los pies doloridos del Santo, a cuyo alcance los tendrán por la escasa altura y libertad de acceso, que ha sido colocada la imagen.

Y aquí está otra vez nuestra tesis. En función de monumento, no sería posible este homenaje emocionado, y la sola posibilidad de que pueda recibirlo, aleja más a la estatua de toda consideración monumental. Es de creer que esa posibilidad se convierta en práctica y en ella estará el más alto triunfo de Pérez Comendador y de cualquiera otro artista, al lograr que su imagen, sin ser expresamente de devoción, conquiste almas.

Que suceda así, porque ello será el más merecido precio para quien ha reducido y sacrificado su espíritu y su arte y los ha engrandecido al propio tiempo, al concebir y ejecutar esta obra, también en un puro estado de *sancta simplicitas* franciscana.

\*\*\*

Merece la pena poner de relieve la afortunada selección de lugar



l'perfil de la estatua de San Pedro de Alcántara colocada en la Plaza de Santa María, de Cáceres

para la colocación de la estatua de San Pedro: bajo la pesadumbre de la torre que preside la bella plaza de Santa María; plaza y torre de piedras curadas al sol de los siglos, patinadas al roce de tantas generaciones y con el melancólico encanto de su historia repesada pero aún—como ahora se ve—con vertientes hacia históricos presentes.

Este emplazamiento imponía ya, por sus propias y nada comunes características, ciertos sometimientos artísticos e interpretativos, entre los que nada hubieran tenido que hacer las personales fantasías y las concepciones escultóricas un poco alejadas de visiones y sentidos tradicionales. Cualquier novedad en el sentido formal hubiese resultado inoportuna, discordante y hasta deprimente en nuestra plaza cacereña.

Fué una suerte extraordinaria que Pérez Comendador, a la vuelta de tantas cosas, extraordinariamente virtuoso en su dedicación profesional, maestro entre los maestros imagineros, aún incluyendo los del siglo de oro, se encargase de esta delicada obra; pero pasó el peligro y hoy tenemos en plaza tan excepcional una creación artística que rima al unísono de su ambiente y hasta puede decirse que la única creación artística que cabía agregarle.

Aun reduciendo esta estatua al anonimato del franciscano más mínimo (y ninguno más mínimo que el Santo alcantarino), a un franciscano parigual de tantos otros que a su siglo sacrificó más que dió nuestra patria y particularmente la región extremeña, ningún individuo de tan admirable familia hubiese conseguido armonizar en figura escultórica personalizada y caracterizada, con un marco de particularidades morales y materiales un poco diferentes a las de la plaza de Santa María, sobre todo si se quería, al menos disimular, ese sentido monumental que ampara lo inamparable en muchos casos. Imposible imaginar, no a nuestro San Pedro de Alcántara sino a cualquiera hermano suyo en religión, canonizado o no, en un escenario de traza moderna, urbanístico en su aspecto actual, ostentoso, comercial, apresurado, en continuo tráfao de feria y vanidades; en una de esas plazas, avenidas o parques, minados por corrientes hipocivilizantes, que vienen a sumarse a esas otras que creyéndolas hipercivilizantes discurren por su superficie.

No es que en los tiempos alcantarinos no existiesen esas corrientes destructoras o deformadoras de los más nobles valores morales del hombre, pero queremos creer que estaban más cruzadas y era más frecuente la contradicción entre ellas, lo que impedía más la contaminación y la subversión, permitiendo, en cambio, que surgiese con más frecuencia un concepto más sano, moral y verdadero de la vida humana. Por eso, tampoco puede soponerse que nuestro recinto antiguo se encuentre inmune ante esta disociación moral de hoy, que se ha refugiado, como tantas otras cosas, en abstractas ciencias, como sucedáneas de la moral; cayendo en esa caracterización diluyente de materias y espíritus; complicándose en esa subversión de valores; pero parece que la línea fortificada que todavía la circunvala en algunas partes y, en las demás, idealmente, no

ha perdido del todo su virtud defensiva y la ampara un tanto contra indiferentes, insensibles o ignorantes, contribuyendo a remansar aquellas corrientes minadoras, y a conservar buena parte del ambiente histórico y religioso que respiró el Santo alcantarino.

¡Venturoso milagro! Milagro que está íntimamente ligado al hecho de que el mismo Pedro de Alcántara podría, aún hoy, circular por esta plaza cacereña sin asombros ante la feliz circunstancia de no haber sufrido alteraciones sustanciales, con la ventaja para los tiempos presentes de percibir con más fuerza evocadora, por acumulación el lejano y acompasado murmullo que mana del manantial de una historia más prolongada, aunque su cadencia sólo llegue a oídos que tengan voluntad de oír.

A este adorable conjunto urbano debe, pues, Comendador una gran parte de su labor genial, en cuanto a su valor eficiente. Inmerso en este ambiente sereno y grave de la plaza, pleno de trascendencia y de sugerencias, acomodó prodigiosamente a él toda la dialéctica de su obra, con lo que, metiendo todo el espíritu y todo el valor estético de aquel lugar en el bronce, ahora se lo devuelve éste con la misma imperceptible pausa de tiempo que las piedras viejas de su contorno, es decir destilando, como ellas, puras esencias que recoge la historia en su filosofía, la poesía en sus versos, el artista en sus creaciones, el hombre sensible en el subconsciente... Porque en su imagen ha concentrado el artista un rico potencial de emociones, cuya descarga paulatina no es estimulada por paroxismos teatrales, por histerismos curiosos, por contracciones absurdas de la carne, por actitudes dramáticas de estudio, por exposición complacida de sufrimientos. Comprendió que el dolor del Santo y su intenso dramatismo sólo podía influir en él por medio de plácidos estados de gozo, seguro como estaba que eran camino de su salvación y de su gloria y sólo mentalmente puede interpretarse su anatomía moral, que, siendo interna, fluye en venas de amor divino para las personas piadosas y creyentes y los espíritus sensibles y cordiales, y por eso ese dolor tenía que ser más sugerido que revelado y, precisamente, de un modo impalpable, sin expresión formal, algo que sólo una plaza como la de Santa María puede detectar, como el leve rumor de una oración inacabable, el desgranamiento de una meditación ininterumpida, la contemplación ensimismada de un horizonte invisible, o la sonrisa ante una visión celestial, tan expresiva en su rostro.

Hemos de felicitarnos, por lo tanto, de que a San Pedro de Alcántara no se le haya colocado en la *mejor plaza de Cáceres*, hospedándolo, con tino infrecuente en estos casos, dentro de nuestro recinto antiguo y en lugar que, como ahora, debemos de hacer siempre depositario de las gestas y tradiciones que por su edad le pertenecen. Al amparo de la dorada torre de nuestra iglesia mayor, cuyo peso gravísimo no es, sin embargo, mayor que el de la ingente gravedad del Santo en cuanto a la fortaleza de su fe y la grandiosa re-

sistencia para la mortificación y la penitencia, ha sido colocado tan cerca de los transeúntes y es tan arrolladora su presencia física y moral, que por fuerza habrán de reanudarse con más intensidad los contactos de amor con los hijos de esta ciudad, que tan cerca lo tuvieron en vida, y a tantos de cuyos espíritus levantó hacia el em-píreo.

\* \* \*

Una consideración última: Hay mucho de audacia y aún más de originalidad—sin asomos de concesiones calculadas, en ningún sentido—en todo lo que se pueda referir a la idea creacional que ha presidido esta concepción escultórica de San Pedro de Alcántara, y al hecho del lugar de su emplazamiento. Entre ambos aspectos discurren problemas y surgen resoluciones, es verdad que sutiles, pero, de todos modos, infrecuentes.

Sin embargo, la robusta vejez de la plaza no ha perdido un adarme de su armonía; más bien la ha aumentado con su San Pedro de Alcántara, que, antes que resultar un aditamento anacrónico, viene a completar la serie de valores espirituales que contiene aquel recinto urbano. Por eso, bien podemos agregar que esta plaza, a su categoría histórica, a su interés arqueológico, a su riqueza artística, a su fuerza evocadora, a su atractivo romántico, a su sabor entrañablemente local, une, desde ahora, una sorpresa y una nueva emoción inesperada, que puede resolverse en algo mejor que en un goce estético más: queremos decir que en una fecunda inquietud.

JOSE DE HINJOS

---

## ACORDE LIRICO

X

Llevemos en la suela del zapato  
el polvo del camino  
y en el fondo del alma  
un ansia insatisfecha de infinito.

PEDRO ROMERO MENDOZA